



Conferencia Episcopal de Colombia

SESIÓN II

Introducción a la teología del sacerdocio. (Señor Cardenal Marc Ouellet, Prefecto emérito del dicasterio para los obispos y Presidente del Centro de Investigación y Antropología de las vocaciones)

CARDENAL MARC OUELLET

¿QUÉ FUTURO PARA EL SACERDOCIO EN COLOMBIA?

Queridos amigos,

Quisiera agradecer a su pastor, Su Eminencia el cardenal Luis José Rueda Aparicio, Arzobispo de Bogotá y Presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia, que me haya invitado a compartir con ustedes algunos de los frutos del Simposio romano “**Para una teología fundamental del sacerdocio**”, celebrado en febrero de 2022 en el Vaticano¹. En esta ocasión, el Papa Francisco nos regaló una magnífica meditación de una hora sobre la espiritualidad sacerdotal. Una meditación sobre las cuatro proximidades esenciales en la vida de los sacerdotes: la cercanía a Dios, la cercanía al obispo, la cercanía entre los sacerdotes y la cercanía al pueblo de Dios. Una bella síntesis personal del Santo Padre que los medios de comunicación difundieron por todo el mundo. Los tres intensos días de conferencias y debates aportaron elementos muy importantes para la reflexión sobre todas las vocaciones, una verdadera puesta al día de las orientaciones del Concilio Vaticano II sobre la teología del Sacerdocio, incluyendo el sacerdocio común de los bautizados y el sacerdocio particular de los ministros ordenados.

Las Actas de esta reunión ya han sido publicadas en dos volúmenes y en seis lenguas desde 2023. Como Prefecto emérito del Dicasterio de los Obispos desde abril de 2023, me dedico a dar a conocer estos recursos disponibles para la formación inicial y permanente de los sacerdotes, pero también para la formación de los religiosos y de los laicos, así como para los movimientos eclesiales y apostólicos.

La organización de este Simposio, la publicación de las Actas y las jornadas de estudio promovidas en todos los continentes se deben a la labor del **Centre de recherche et d'anthropologie des vocations (CRAV)**, fundado en 2020 por iniciativa mía, con el apoyo de un grupo de amigos con sede en Francia, pero con vocación internacional. El objetivo

¹ Pour sene theologie fondamemmale de sacendoce, (bajo la dirección del cardenal Mare Ouellet), Actes Symposium du Centre de recherche et d'anthropologie des vocations, Roma, 17-19 de febrero de 2022, Parts, Cerf, vol. 1, 363p. 1, 363p., vol. II. Perspectives complémentaires, 495p.

principal del CRAV es apoyar las vocaciones, todas las vocaciones, y arrojar luz sobre el sentido de la vida como vocación. Esto me parece muy importante en el momento actual para apoyar la búsqueda de una Iglesia más sinodal. En efecto, una mayor participación del pueblo de Dios en la comunión y en la misión de la Iglesia presupone una mayor conciencia vocacional, un compromiso de cada bautizado con su misión en el plan de Dios. Sin el compromiso personal de los bautizados como "discípulos misioneros", en la línea establecida en la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida en 2007, el desarrollo de una Iglesia sinodal seguiría siendo una moda pasajera. Con la contribución dinámica de discípulos misioneros bien motivados, la renovación sinodal soñada por el Papa Francisco se convierte en una nueva forma de ser Iglesia, más participativa, más fraterna, más consciente de que la misión de la Iglesia no es primordialmente clerical, sino bautismal. Se fundamenta en el don del bautismo, implicando el testimonio de los bautizados, que forman la inmensa mayoría del pueblo de Dios en su caminar por la historia.

Hace unos días, el Papa Francisco quiso alentar nuestro apostolado teológico y pastoral en favor de las vocaciones, concediendo una audiencia a los doscientos participantes en un nuevo Simposio organizado por el CRAV en el Aula del Sínodo de los Obispos del Vaticano. El tema esta vez era: Hombre- Mujer, imagen de Dios, por una antropología de las vocaciones. El Santo Padre alentó la iniciativa y denunció enérgicamente la ideología de "Género", que pretende "anular las diferencias" entre los sexos, comprometiendo así "el florecimiento de la humanidad". El Papa ya había denunciado esta ideología en la Exhortación Apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, afirmando que "socava el fundamento antropológico de la familia"². Estos dos intensos días de reflexión nos han permitido analizar en profundidad el contexto cultural de nuestro tiempo, la crisis vocacional y los fundamentos aún válidos de la antropología cristiana. Las Actas de esta Asamblea se pondrán también a disposición del público el próximo año, con la esperanza de ofrecer otro recurso de gran actualidad para apoyar la formación cristiana y vocacional a todos los niveles.

Uno de los frutos importantes de esta reflexión ha sido la constatación de que los jóvenes de nuestro tiempo necesitan descubrir el sentido de la vida como vocación, antes de que se les ofrezcan vocaciones particulares en los estados de vida del matrimonio, del ministerio sacerdotal o de la vida consagrada. Esta es la perspectiva que propone a los jóvenes la Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*³. En el ajetreo de nuestras culturas hiperactivas y tecnológicamente fascinantes, descubrir el sentido de la vida a través del encuentro personal con Jesús no es nada fácil. Se puede ser un buen católico practicante sin haber establecido realmente una relación personal decisiva con Cristo, sin una alianza

2 SS Francisco, Exhortación Apostólica *Amoris laetitia*, n. 56: "una ideología, generalmente llamada 'de género', que niega la diferencia y la reciprocidad natural entre un hombre y una mujer. Sugiere una sociedad sin diferencias de sexo y socava la base antropológica de la familia".

3 SS Francisco, Exhortación postsinodal *Christus vivit* a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios. Capítulo V y capítulo VIII.

4 <<Os recuerdo que "la misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida ni un adorno que pueda dejar atrás, ni un apéndice o momento de la existencia. Es algo que no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Soy una misión en esta tierra, y por eso estoy en este mundo". [139] En consecuencia, debemos pensar que toda pastoral es vocacional, toda formación es vocacional y toda espiritualidad es vocacional>>. *Christus vivit* 254.

explicita con Él en una vida de amistad. ¿No es el objetivo de toda pastoral vocacional, e incluso de toda pastoral, facilitar este encuentro y esta toma de conciencia?⁴

De hecho, hemos de procurar que toda la evangelización y la pastoral se piensen y propongan en clave vocacional, de acuerdo con la estructura de la Alianza de Dios con su pueblo. Todos los encuentros de Jesús en el Evangelio tienen este carácter vocacional. Desafían y no dejan a nadie en el mismo punto. Provocan un sí o un no. O el sí de los primeros en ser llamados, Andrés, Pedro, Santiago y Juan, por una parte; o el no del joven rico, los escribas y los fariseos, por otra. Jesucristo vino a consagrar esta estructura de la Alianza en su propia Persona divina unida a la naturaleza humana. Asumió nuestra naturaleza humana como Palabra de Dios y nos salva invitándonos a creer en Él y ofreciéndonos participar en su misión. Todos estamos llamados, según el lema del CRAV, una llamada universal que corresponde, además, a la llamada universal a la santidad, que el Concilio Vaticano II puso en primer plano, como un imperativo no sólo moral, sino espiritual y misionero. No olvidemos que Santa Teresa del Niño Jesús, monja carmelita y Doctora del Amor, fue declarada patrona de las misiones por el Papa Pío XI, que la consideraba una de las grandes santas de los tiempos modernos.

La llamada a la santidad concierne a todos los fieles y, de modo particular, a la vocación al sacerdocio, que hoy sigue siendo fundamental a pesar de las crisis y los desafíos. La tentación para los ministros ordenados es desempeñar una función clerical sin vivir primero en profundidad el sacerdocio bautismal, la búsqueda de la santidad. Por eso, la orientación del Simposio "Por una teología fundamental del sacerdocio" hizo hincapié en el sacerdocio común de los bautizados. De este modo, queremos integrar más plenamente las vocaciones "ministeriales" de obispos, presbíteros y diáconos en una visión global de la sacramentalidad de la Iglesia, en la que el sacerdocio común de los bautizados pase a primer plano. En efecto, los "ministros" son ordenados para servir a algo más que a sí mismos; son llamados y enviados a anunciar el Evangelio al mundo y a servir a la comunidad de los bautizados, llamados todos a ser "sacerdotes, profetas y reyes" según la modalidad que le corresponde.

El ministerio profético, sacerdotal y pastoral de los obispos y sacerdotes existe para que las comunidades cristianas puedan ejercer un sacerdocio en la sociedad, para que puedan ser mediadores de gracia y esperanza. La Palabra de Dios y los sacramentos se dan con este mismo fin. Por eso, la llamada del Papa Francisco a una conversión misionera de la Iglesia sugiere sobre todo la imagen de un pueblo en marcha, un pueblo misionero, que lleva la luz del Evangelio a las naciones. Al decir esto, ya estoy tocando el tema sacerdotal del Simposio Romano en perspectiva sinodal, del que ahora quiero hablaros más concretamente. Permitidme mencionar algunos avances que pueden ayudar a la teología del sacerdocio en América Latina a despertar el entusiasmo por todas las vocaciones, bautismales y ministeriales, con vistas a la "comunidad de las vocaciones".

Procederé en tres breves etapas. En primer lugar, ¿cómo plantear la cuestión del sacerdocio en América Latina? En segundo lugar, ¿qué hay de nuevo en el Concilio Ecuménico Vaticano II en relación con el sacerdocio? En tercer lugar, propondré un estudio en profundidad de la teología del sacerdocio a la luz de la pneumatología.

¿Cómo abordar la cuestión del sacerdocio en América Latina?

Tanto en América Latina como en el resto del mundo, los desafíos que plantean tomar en serio los abusos del clero han sacudido nuestras conciencias y nos están obligando a revisar la manera en que formamos a los sacerdotes. No podemos seguir descuidando el equilibrio humano y espiritual de los candidatos al ministerio y conferirles la ordenación sin una garantía de integridad personal, que es la base para crear ambientes eclesiales sanos y respetuosos de cada persona, especialmente de los más jóvenes y vulnerables. En otras palabras, debemos asegurar que la cualidad "ministerial" de los ministros esté enraizada y constantemente renovada por la cualidad aún más esencial de ser "discípulos misioneros". Este es el fuerte impulso dado a toda la Iglesia por el Papa Francisco desde su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*. La formación en los seminarios y las iniciativas para la formación permanente de los sacerdotes requieren, por tanto, personal suficiente y adecuado, así como una revisión de los programas y métodos, para garantizar esta calidad del ser que debe acompañar el ejercicio del ministerio ordenado a todos los niveles.

Dicho esto, me atrevo a invitaros a mirar hacia el futuro ampliando la perspectiva vocacional más allá del sacerdocio de los sacerdotes y hacia el sacerdocio común de los bautizados. Cuando se habla de sacerdocio en el contexto católico, se piensa inmediata y exclusivamente en el sacerdocio de los ministros, ya sean obispos, presbíteros o diáconos. Es como si el Concilio no hubiera dado continuidad a su afirmación del sacerdocio común de los bautizados: Cristo Señor, Sumo Sacerdote tomado de entre los hombres (cf. Hb 5,1-5), hizo del nuevo pueblo "un reino de sacerdotes para Dios su Padre" (Ap 1,6; 5,9-10). En efecto, por la regeneración y la unción del Espíritu Santo, los bautizados son consagrados para ser casa espiritual y sacerdocio santo, a fin de ofrecer sacrificios espirituales, mediante todas las obras del cristiano, y proclamar las alabanzas de Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable (cf. 1Pe 2,4-10). » (LG 10)

En primer lugar, ¿por qué se habla tan poco del sacerdocio de los bautizados? ¿Han recibido o pronunciado alguna catequesis u homilía importante sobre este tema? ¿Han visto alguna carta pastoral de sus pastores sobre este tema? Hay muchos laicos en el Pueblo de Dios, pero ¿son conscientes, en general, de que se les ha "confiado una misión" en el mundo? ¿Cómo se manifiesta su pertenencia a la Iglesia y su propia misión como cristianos bautizados? Sí, a través de su testimonio como feligreses los domingos y su confesión pública de fe, así como su caridad hacia los pobres y su compromiso por la justicia y la paz. Pero ¿somos conscientes, a todos los niveles y en todos los estados de vida, de que nuestra búsqueda de la santidad debe ser misionera? La misión de la Iglesia es llevar la Buena Nueva al mundo y esta misión se basa ante todo en la presencia de bautizados en el mundo. Entonces, ¿por qué se habla tan poco, en general, del sacerdocio de los bautizados? ¿De la mediación de los bautizados en el anuncio del Evangelio de salvación a la sociedad?

La gente puede pensar que las categorías sacerdotales están anticuadas, que ahora deberían traducirse a un nuevo lenguaje, a nuevas categorías más funcionales y democráticas. Algunos lo expresaron en el Sínodo de octubre pasado, cuando dijeron que preferían un lenguaje más funcional y ministerial. Propusieron el lema "Por una Iglesia totalmente ministerial". Querrían concebir una Iglesia sinodal con múltiples ministerios, jerárquicos, catequéticos,

caritativos, carismáticos, según el papel y la función de cada uno en el conjunto de la comunidad. Cada uno tendría así un ministerio determinado, uno de una manera, el otro de otra. La intención no es mala, pero no parece que seamos suficientemente conscientes del riesgo de "clericalizar" así a mucha gente, incluso a los laicos. Y me temo que el clericalismo de los laicos podría ser peor que el de los sacerdotes. Sería mejor avanzar hacia una Iglesia enteramente sacerdotal y misionera. Porque el bautismo es el fundamento de nuestra igual dignidad de hijos de Dios y de nuestra llamada a la santidad. El bautismo nos hace sacerdotes en Cristo y con Cristo, pero sin hacernos clérigos ni establecernos en un papel ministerial. Nos hace "miembros" de su Cuerpo, y como tales compartimos la misión de Cristo.

Por mi parte, quiero mantener la visión del Concilio Ecuménico Vaticano II sobre el sacerdocio de Jesucristo, que se comparte de dos maneras en la Iglesia: en primer lugar, por el bautismo, que nos hace "miembros de su Cuerpo" y, en segundo lugar, por el sacramento del Orden, que instituye a algunos como "ministros de Cristo Cabeza", es decir, como signos sacramentales de Cristo Señor como Cabeza, Jefe o Esposo de la Iglesia, su Cuerpo. La misión de la Iglesia deriva de esta identidad sacerdotal de todos los bautizados que participan en la mediación de Cristo como miembros de su Cuerpo. La misión de la Iglesia deriva también del servicio de los ministros ordenados, que acompañan, guían y alimentan a la comunidad de los bautizados mediante la predicación de la Palabra de Dios y el don de los sacramentos. De este modo, la Iglesia participa en la mediación de Cristo de dos maneras. Porque somos miembros de la Iglesia por el bautismo, somos, de hecho, "sacerdotes, profetas y reyes" con Él. Lo demostramos y damos testimonio de ello a través de toda nuestra vida filial y fraterna en comunidades que se nutren de la Palabra de Dios y de los sacramentos, en primer lugar, de la Sagrada Eucaristía. Porque unos son representantes de Cristo Cabeza, ejercen un ministerio sacerdotal, profético y real al servicio de la misión de los bautizados en el mundo. El modo en que los bautizados ejercen su sacerdocio consiste en dar testimonio de su dignidad de hijos de Dios con toda su vida y sus actividades. El modo en que los ministros ordenados ejercen su sacerdocio es animar y guiar a la comunidad de los fieles mediante su servicio de la Palabra, los sacramentos y el discernimiento pastoral.

¿Cómo se está configurando esta doble forma de ejercer el sacerdocio en Colombia y en América Latina? ¿Estamos convencidos de que existe un verdadero sacerdocio de los bautizados? ¿Se ha reflexionado en la formación inicial y permanente de los sacerdotes sobre la relación entre las dos formas de participación en el único sacerdocio de Cristo? ¿Los laicos están implicados en la Iglesia y en el mundo en virtud de su bautismo, o sólo en virtud de una especie de impulso sociológico debido a la cultura católica dominante? ¿Cómo dan testimonio del Evangelio en la familia, en el trabajo, en sus relaciones sociales e incluso en su compromiso político? No faltan desafíos, ¿verdad?, incluso aquí donde el catolicismo sigue siendo mayoritario. Ustedes saben que en muchos lugares se imponen límites a la libertad religiosa de los cristianos, y que las persecuciones nunca han sido tan numerosas y virulentas.

Al mismo tiempo, la geopolítica se ha complicado mucho, con conflictos y polarizaciones que se multiplican y dividen a los pueblos en bloques políticos que se endurecen. El Papa Francisco lleva tiempo advirtiéndonos de la amenaza de un conflicto mundial catastrófico, con su expresión de la Tercera Guerra Mundial a trozos. En este contexto, los cristianos sufren más porque se sienten más obligados a buscar la paz por sus convicciones religiosas.

El Santo Padre nos da un magnífico ejemplo que contrasta con otros contra-testimonios. La Iglesia es una fuerza de amor y de paz que vive a la luz de Cristo resucitado. Ella proclama la misericordia de Dios a las naciones, sin descuidar la lucha por la justicia y la protección de la casa común frente a los intereses económicos concentrados en pocas manos, que dictan sus leyes en detrimento del bien común de todos los pueblos. La Iglesia debe afrontar también las tendencias antropológicas que confunden nuestra comprensión del hombre y de la mujer bajo la presión de ideologías materialistas o idealistas que desarticulan el edificio secular de la antropología cristiana. En este terreno minado de conflictos entrecruzados, muchos cristianos, apoyados por el Papa Francisco y sus pastores, están ejerciendo su misión sacerdotal, profética y real con una saludable dosis de valentía, audacia y creatividad. El Espíritu Santo habita en ellos y anima su mediación sacerdotal en beneficio de la sociedad. Veamos más de cerca la naturaleza de este trabajo y las cuestiones que implica, a la luz del Concilio y de las enseñanzas del Papa Francisco en favor de una Iglesia más sinodal.

La Iglesia, sacramento de salvación

El Concilio Ecuménico Vaticano II redefinió la presencia y el papel de la Iglesia en el mundo mediante el concepto más amplio de sacramento: La Iglesia es en Cristo sacramento, es decir, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG 1). Para la Iglesia, ser sacramento significa ser signo visible de comunión, comunidad viva que aporta en ella y del que da testimonio. Esta visión sacramental ha renovado la forma en que la Iglesia concibe su misión. En la época de la cristiandad, la Iglesia se veía a sí misma como una sociedad perfecta que transmitía sus valores y, en cierta medida, los imponía a las sociedades formadas por una mayoría de bautizados.

Las revoluciones de la modernidad pusieron en crisis este modelo, y las relaciones entre la Iglesia y el mundo se volvieron conflictivas, sobre todo en el tema de la libertad religiosa y de la libertad de la Iglesia frente a los Estados modernos. El Concilio Vaticano II superó este conflicto profundizando en la naturaleza de la Iglesia y su relación con el mundo. Al entenderse a sí misma como "sacramento" de salvación, es decir, como "signo e instrumento" de la comunión humana con Dios y de la unidad de la humanidad, la Iglesia ya no entra en conflicto abierto con la modernidad; no renuncia a su misión, sino que "propone" el Evangelio desde una perspectiva misionera más respetuosa con la libertad humana y el pluralismo religioso. Esto supone un gran avance con respecto al pasado, pero no disminuye en absoluto nuestra obligación con la misión. Al contrario, somos más conscientes que nunca que debemos anunciar a Cristo mediante la confesión de nuestra fe, la fraternidad y el testimonio personal, y después mediante la enseñanza y el diálogo sobre los grandes problemas que afectan al presente y al futuro de la humanidad: el cambio climático, las guerras, las injusticias sistémicas, las migraciones, etc. El Papa Francisco nos muestra el camino a seguir a nuestra propia escala, por pequeña que sea.

¿Cuál es el futuro del sacerdocio en Colombia, en el marco sacramental redefinido por el Concilio? La cuestión es compleja e incluso paradójica, dado que en Occidente existe un creciente alejamiento de los sacramentos, en particular la Eucaristía e incluso el bautismo, por no hablar del sacramento del Orden, que es objeto de numerosos cuestionamientos en un momento en que se revelan los abusos del clero. ¿Cómo construir una Iglesia "sacramental", es decir, significativa y atractiva para la sociedad, si los propios cristianos abandonan los

sacramentos, fuentes vivas de la vida divina? ¿Cómo pueden dar testimonio con audacia y creatividad si no se renuevan constantemente con la energía divina y humana de la gracia? Debemos impedir que esta deriva continúe e invada América Latina, como está afectando sobre todo a Europa. Para ello, ¿no deberíamos promover intensamente todas las vocaciones y, sobre todo, el sentido de la vida como vocación? Estamos viviendo intensamente uno de los efectos perversos de la globalización, la crisis de fe epocal que afecta a todas las comunidades cristianas. ¿Cómo afrontarla si no es cultivando el sentido religioso que el pueblo colombiano no ha perdido, pero que necesita ser integrado en una teología de la Alianza que apoye todas las vocaciones?

El Simposio romano de febrero de 2022 se tomó en serio estas cuestiones, y constatamos que el Concilio aún no se había aplicado plenamente en lo que se refiere a la mediación de la Iglesia como "sacramento de salvación". Nos hemos preguntado si no ha llegado el momento en la cristiandad de dar un giro hacia "una teología fundamental del sacerdocio", que resitúe el ministerio jerárquico como un servicio, devolviendo a su justo lugar el sacerdocio común de los bautizados. Esta fue la cuestión subyacente a todos los debates, aunque se trató de forma diferente según la sensibilidad de los oradores.

Debemos admitir que nuestra cultura católica es bastante parcial y unilateral a este respecto. Cuando mencionamos "sacerdocio", repito, seguimos pensando inmediata y exclusivamente en obispos y sacerdotes, en el papel específico ejercido en la Iglesia por el ministerio jerárquico, como si, aparte de esta mediación específica en el orden de la gracia, no pudiéramos imaginar otra que implique a todo el pueblo de Dios. La investigación sinodal actual pretende ir más allá de esta eclesiología clerical, pero la rica fase de escucha que estamos viviendo no despierta necesariamente la conciencia sacerdotal de todos los fieles. Es como si el Concilio Ecuménico Vaticano II se hubiera quedado en papel mojado a la hora de poner de relieve una orientación sacerdotal fundamental que afecta directamente a la participación de todos en la misión de la Iglesia. De ahí la llamada del Papa Francisco a una conversión misionera y sinodal que despierte la participación de todos y llegue a todos los que se sienten excluidos.

Tomemos nota, pues, una vez más, de que la Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium ha aclarado con firmeza y prudencia que existen dos participaciones fundamentales en el único Sacerdocio de Cristo la de la comunidad de los fieles, basada en el bautismo, y la de los ministros ordenados, basada en el sacramento del Orden. La cuestión que se plantea entonces es: ¿cómo se relacionan estas dos participaciones en el único sacerdocio de Cristo? Ya no podemos limitarnos a decir que los pastores enseñan y mandan y los fieles escuchan y obedecen. La cuestión es más profunda y tiene un gran significado ecuménico, porque esta enseñanza conciliar ha sido muy debatida Lumen Gentium n° 10 afirma una diferencia esencial y no sólo de grado entre estas dos participaciones, pero el texto no ofrece una explicación teológica de su distinción y relación. Esta es una tarea dejada a los teólogos, que he intentado explorar con la ayuda de la pneumatología.

El sacerdocio como mediación del Espíritu Santo

Mi ensayo teológico personal para este Simposio “*Para una Teología Fundamental del Sacerdocio*” versa sobre El Espíritu Santo y el Sacerdocio de Jesucristo en la Iglesia⁵. El concepto de mediación que desarrollo se basa en la teología trinitaria articulada en el misterio del Verbo encarnado; este ensayo culmina en una pneumatología que vincula el Amor intratrinitario a la comunicación de la vida divina al mundo por la mediación de Cristo y de la Iglesia. Detallemos algunos elementos de este enfoque para hacerlo más inmediatamente accesible. ¿Qué significa el sacerdocio como mediación del Espíritu Santo?

Partamos del plan que Dios quiso establecer con sus criaturas desde el principio: un plan de Alianza en Jesucristo. La encarnación del Hijo eterno del Padre es el cumplimiento perfecto de esta Alianza, pues Jesucristo es el Mediador del don del Amor trinitario a la humanidad y el Mediador de la respuesta humana a este Amor. Jesús es el Rostro humano del Padre eterno: *El que me ve a mí, ve al Padre*. Su figura revela y da a Dios como Amor absoluto y misericordioso, un Amor esponsal que quiere que su criatura le ame a su vez, como en toda verdadera alianza. Para ello, Jesús se sacrifica por amor, hasta la muerte de Cruz, eliminando así el obstáculo del pecado del mundo y convirtiéndose en figura pascual victoriosa, pues el Padre lo resucita de entre los muertos por la fuerza del Espíritu Santo. La mediación sacerdotal de Jesucristo consiste, pues, en reconciliar a la humanidad con Dios y llevarla a la comunión trinitaria por el don del Espíritu Santo.

El sacerdocio de Cristo coincide, pues, con todo el proceso de la encarnación del Verbo de Dios, Verbo de Amor, que sale al encuentro de la humanidad y la toma por esposa en Cristo resucitado. Esta boda se encarna sacramentalmente en la Sagrada Eucaristía, que celebra la Nueva Alianza del Resucitado con su Esposa, la Iglesia. La Santísima Virgen María, Nueva Eva, Madre de la Iglesia, es la figura emblemática de esta Alianza. Esta perspectiva nupcial, profundamente soteriológica, como se ve, porque la redención de la humanidad no se limita a reparar la ofensa cometida contra Dios por los pecadores, sino que conduce plenamente a la participación de la humanidad en la comunión trinitaria gracias al don pascual del Espíritu Santo. Esta participación se expresa luego en la economía sacramental de la salvación a través de las dos formas, bautismal y ministerial, del sacerdocio en la Iglesia.

Dos textos joánicos en particular inspiran esta profundización. El primero es el del encuentro de Jesús con la samaritana, donde dice: El que beba del agua que yo le daré (esta) agua se convertirá en él en un manantial que brota para vida eterna (Jn 4,14). El texto más explícito de Jn 7,37 añade a la mención del Espíritu como fuente de agua viva, el hecho de la participación del creyente en el mismo brotar de la fuente: El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús se puso en pie y grito: "El que tenga sed, que venga a mí y beba, como dice la Escritura, de su boca correrán ríos de agua viva". Jesús promete así al creyente una participación en su fecundidad. Esta participación se expresa aquí simbólicamente por los ríos de agua viva que se refieren al Espíritu Santo, el Espíritu del Resucitado, según las palabras que concluyen este pasaje: El Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (In 7,37-39). Una vez glorificado, Cristo resucitado sopla el Espíritu

⁵ Véase Cardenal Mare OUELLET, *El Espíritu Santo y el sacerdocio de Jesucristo en la Iglesia*, en Card Ouellet (ed.), *Pour une théologie fondamentale du sacerdoce Actes du Symposium du Centre de recherche J'anthropologie des vocations*, Roma 17-19 febrero 2022, 2 volúmenes, Ed. du Cerf, 2023, aquí vol 1, p. 115-1

Santo sobre sus Apóstoles en la tarde de Pascua para el perdón de los pecados, y cumple su promesa de hacer brotar el Espíritu de la boca de los que creen en El.

El don del Espíritu Santo recibido en la fe confiere así al creyente una verdadera participación en la vida eterna desde esta misma vida, una participación existencial que le implica en las procesiones del Amor trinitario. Esta vida divina se comunica a la Iglesia a través del proceso continuo de la encarnación del Amor trinitario, cuyas dimensiones crística y pneumática se expresan luego en forma sacramental. De ahí la estructura bautismal de la Iglesia, que comunica a los miembros del Cuerpo de Cristo una participación en su identidad filial. Todos los bautizados, habiendo recibido el sello de la filiación divina, participan como hijos e hijas de Dios en el Hijo, en su vida trinitaria filial, que incluye la participación en el misterio de su coespiración del Espíritu Santo con el Padre. Esta participación de cada bautizado en la relación entre Cristo y el Espíritu es, en mi opinión, el fundamento y la esencia del sacerdocio común de los fieles. En efecto, así como el Hijo unigénito del Padre en la eternidad coespira el Don del Espíritu Santo, así, en la economía de la salvación, Cristo concede a quienes están marcados ontológicamente por el sello de su filiación y el sello del Espíritu Santo, participar en su coespiración del Espíritu Santo. El misterio del sacerdocio como mediación hunde sus raíces en esta vida trinitaria, de la que Jesús es la encarnación viva y permanente en la Iglesia, su Cuerpo.

El Concilio lo dice en términos menos explícitos cuando habla de los laicos, pero sin embargo subraya la dimensión sacerdotal de su vida: «Por eso los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, son maravillosamente llamados y dotados, para que se produzcan siempre en ellos los frutos más abundantes del Espíritu. En efecto, todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, su vida matrimonial y familiar, su trabajo cotidiano, el descanso de su alma y de su cuerpo, si se realizan en el Espíritu, e incluso las pruebas de la vida, si se soportan con paciencia, se convierten en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo (cf. 1 Pe 2, 5); y estos sacrificios se ofrecen devotamente al Padre en la celebración eucarística con la oblación del Cuerpo del Señor. De este modo los laicos, en santa y universal adoración, consagran a Dios el mundo mismo. (LG 34) ¡Un texto espléndido! Yo lo interpreto subrayando la dimensión pneumatológica, es decir, esta consagración del mundo por la efusión del Espíritu Santo.

Esta es la misión sacerdotal de los fieles laicos: adorar a Dios en Espíritu y en Verdad, consagrar el mundo a Dios, difundir e infundir el Espíritu del Evangelio en las estructuras, instituciones y empresas de este mundo a través de su testimonio de fe, esperanza y caridad. De este modo, los laicos contribuyen a desarrollar un clima fraterno en todas sus relaciones humanas, como nos invita encarecidamente el Papa Francisco en Fratelli Tutti. De este modo, participan en la acción santificadora del Espíritu Santo en el mundo. Es su modo sacerdotal de participar activamente en la llegada del Reino de Dios.

Si queremos definir el sacerdocio desde este punto de vista pneumatológico, nos viene espontáneamente a la mente la palabra mediación: mediación del Espíritu Santo que brota del Cuerpo resucitado de Cristo, mediación del Espíritu Santo que brota también de su cuerpo eclesial, especialmente de los hombres y mujeres bautizados que llevan una vida santa. Los santos son una presencia fecunda y radiante en la Iglesia y en el mundo. Su caridad es sacramental; rebosan del Espíritu Santo. Pensemos en el resplandor espiritual de un San

Francisco de Asís o de una Madre Teresa, mediadores del Espíritu Santo, que siembran alegría fundando y transformando comunidades. Pensemos también en la santa de la puerta de al lado, como dice el Papa Francisco, que es invisible y no hace ruido, pero que cuida de su familia todos los días. Estos santos y todos los demás que estamos en camino no sólo damos buen ejemplo a los que nos rodean, sino que dejamos que el Espíritu Santo fluya de nuestra vida de amor a los demás. Esta mediación está, pues, presente y activa en la vida de los bautizados, brota de la adhesión viva a Cristo glorioso que derrama su Espíritu sobre la humanidad, y especialmente sobre los creyentes, para que la comunión trinitaria se encarne en la comunión eclesial.

Si el sacerdocio se define así, de modo general y fundamental, como una mediación, una mediación receptiva-activa del Espíritu Santo⁶, abierta a todos los bautizados, preguntémosnos ahora: ¿Cómo se aplica esta definición al sacerdocio ordenado, ya sea episcopal o presbiteral? Está firmemente establecido en la eclesiología católica que su constitución jerárquica se basa en el sacramento del Orden, que confiere una marca espiritual-eclesial permanente a la persona elegida para ejercer este ministerio pastoral. ¿Cómo distinguir, pues, esta nueva participación "ministerial" en el único sacerdocio de Cristo de la participación de los bautizados? Esta pregunta nos invita a contemplar el misterio de Cristo de manera diferenciada, distinguiendo primero su identidad filial, fuente del sacerdocio bautismal, y distinguiendo después su dimensión paterna, que deriva del hecho de que Cristo se encarna no sólo como Hijo, sino también como Enviado del Padre, como representante del Padre, como ministro del Padre, encargado de manifestar su cercanía paterna, su amor paterno, su bondad misericordiosa. Esta "ministerialidad" del Hijo encarnado en relación con el Padre es el fundamento del sacramento del Orden en la Iglesia, el fundamento de la autoridad paterna de los ministros de Cristo, que remite a su representación del Padre. Obsérvese hasta qué punto esta visión teológica puede alimentar la espiritualidad del sacerdote, su paternidad espiritual y su estilo de vida, ayudándole a no caer en el funcionalismo o en el clericalismo.

Ahora bien, ¿de qué manera, esta nueva participación en el único sacerdocio de Cristo está mediada por el Espíritu Santo? la respuesta a esta pregunta es importante porque va al corazón de la división entre católicos y protestantes, un punto que necesita ser explorado más allá de toda polémica. Permítanme responder citando un párrafo clave de mi conferencia, que resume la relación del Espíritu Santo con el Misterio Pascual de Cristo:

<<Si el Verbo de Dios encarnado fue concebido por el Espíritu Santo y si el Espíritu Santo le acompañó durante toda la Encarnación, fue para que pudiera vivir plenamente su condición humana y su misión de Hijo del Padre, ayudado por su Espíritu filial, a fin de cumplir su misión redentora, que consistió en cargar con el pecado del mundo en su ofrenda de amor en la cruz y obtener la absolución del Padre como respuesta a su sacrificio. Fue entonces cuando se le comunicó la plenitud del Espíritu Santo como Espíritu del Padre, Espíritu soberano que absuelve los pecados, resucita a los muertos y pneumatiza la humanidad de Cristo para hacer de él un Espíritu vivificante, capaz de prolongarse en la historia bajo una nueva forma corpórea y sacramental en la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo resucitado>>. (p. 151-152).

⁶ *La expresión "receptivo-activo indica que toda participación activa, toda colaboración en el Don del Espíritu Santo está precedida por la iniciativa del mismo Espirita, que busca compañeros de alianza para llegar a toda la humanidad.

La diferencia fundamental entre las dos participaciones en el único sacerdocio de Cristo se basa aquí, pues, en la pneumatología, que distingue entre el Espíritu del Hijo, fuente del sacerdocio filial de los bautizados, y el Espíritu del Padre, fuente del sacerdocio paterno de los ministros ordenados. Desde esta perspectiva trinitaria, es evidente que ambos se ordenan el uno al otro, siendo el más fundamental el sacerdocio filial eterno, a cuyo servicio se desarrolla el sacerdocio sacramental jerárquico durante el tiempo de la economía de la salvación. Este último consiste en un ministerio de la Palabra y de los Sacramentos, unido a una autoridad para hacer crecer en santidad a la comunidad cristiana, que es el cumplimiento de su sacerdocio existencial y misionero. ¿Puede haber mejor fundamento que la participación en la comunión trinitaria para renovar el entusiasmo vocacional y la armonía entre las diversas vocaciones, ministerios y carismas en la Iglesia? ¿No es el sueño de Jesús en su oración sacerdotal introducimos en esta comunión? Que todos sean uno, como tú Padre estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17, 21).

Conclusión

¿Cuál es el futuro del sacerdocio católico en Colombia y en América Latina? El Concilio Vaticano II nos invita a ampliar nuestra visión del sacerdocio, reorientando el sacerdocio jerárquico al servicio del sacerdocio filial y fraterno de los bautizados. Esta perspectiva sacerdotal desarrollada por el Simposio romano señala el camino a seguir para la conversión misionera de la Iglesia. En efecto, esta perspectiva revaloriza la comunión eclesial como esencialmente misionera al mismo tiempo reaviva el sentido de la vida como vocación y la alegría de la existencia cristiana. Además, ofrece una eclesiología más equilibrada para la colaboración y la comunión entre pastores y fieles, en particular para superar las rivalidades, los conflictos y las luchas de poder que ocupan demasiado espacio en ciertas propuestas sinodales. El enfoque pneumatológico que aquí se propugna permite también consolidar la cultura del encuentro, tan querida por el Papa Francisco, y la colaboración armoniosa entre los diversos carismas misioneros que configuran y dinamizan la comunidad eclesial.

Por eso, en profunda comunión y con el apoyo del Papa Francisco, el CRAV se ha comprometido a promover la teología del sacerdocio y la "comunión vocacional de inspiración trinitaria, una promoción de todas las vocaciones bautismales que pueda suscitar nuevos entusiasmos vocacionales y revitalizar no sólo la pastoral vocacional habitual, sino toda la pastoral en sentido misionero. En definitiva, a pesar de los dramas y fracasos sacerdotales de nuestro tiempo, de los que no eludimos la responsabilidad, la visión global que aquí se ofrece reaviva la esperanza de una nueva primavera vocacional y sacerdotal, implicando a toda la Iglesia y confirmando su fidelidad al Espíritu Santo en la búsqueda de una Iglesia más sinodal.